AFP

HOY SE CUMPLEN 60 AÑOS DEL ATAQUE NUCLEAR A HIROSHIMA

La muerte del cielo



Cien mil muertos en un segundo. Tres días después, otros cien mil en Nagasaki. El 6 de agosto de 1945 un solitario bombardero B-29 desataba una destrucción de una crueldad jamás vista. Era “el poder del sol” arrasando una ciudad entera en un segundo. Fue el comienzo de la Era Atómica y un acto de fuerza que todavía sigue desatando polémicas y repudios.

Por Osvaldo Bayer

Qué podemos decir. Bajar los brazos. No creer. Llorar por la Tierra y sus hijos. Llamar a los estadounidenses por su verdadero calificativo. Maldecir hasta el fin de los siglos al señor presidente Truman y al secretario de Defensa, Stimson. Los norteamericanos llevarán una culpa ilevantable por los siglos de los siglos. No se los podrá perdonar jamás. Los turcos mataron a un millón de armenios a cuchillo limpio: niños, mujeres y hombres. Fue tanto el horror que uno ve a un turco y cree descubrirle un cuchillo ensangrentado en las manos y una sonrisa cínica en el rostro. Sus gobiernos jamás pidieron perdón por sus cobardes crímenes.

Acaba la humanidad de descorrer el telón del Holocausto. La muerte científica masiva ideada por el nazismo alemán: la muerte en cámaras de gas. La suma crueldad, de la maldad, de la perversión. También: niños, mujeres, hombres. Se aprieta una válvula y ya está: se mata al otro ser que no es igual, por pura superficialidad, por interpretar mejor la palabra maldad. Por la obscenidad de dar satisfacción a los bajos instintos, por la superficialidad de obedecer órdenes.

Y ahora esto que ya es lo inimaginable. Una ciudad, Hiroshima, vive y de pronto un rayo del cielo les confirma que están todos muertos. Destruidos hasta la última célula. No existen más; borrados.

Los nuevos SS son ahora los científicos y los pilotos de un avión que llevó –casi divirtiéndose– el rayo mortífero y lo lanzó en el centro de una ciudad. En la telefoto, se ve a los aviadores de regreso sonriendo a la norteamericana, como Robert Taylor o Clark Gable en el cine. Están junto a la carlinga del “Enola Gay” como quien hubiera ganado un campeonato olímpico. Junto a ellos están miles y miles de muertos sin sombra. Así de sencillo es cambiar la moral, la ética que les enseñaron en sus iglesias católicas, protestantes, metodistas. Luego cantaron a coro un agradecimiento a nuestro señor Jesucristo.

En Hiroshima habían matado definitivamente a la vida. La ciencia utilizada para matar. Einstein, qué desgraciado, para qué habrá nacido si se usó todo su saber para lo contrario de lo que él soñó tanto.

Nada quedó en un segundo. Cayó el rayo y el niño por nacer, en el vientre de su madre, quedó suelto, dando vueltas, mientras su madre ya era ceniza; el niño debe haber nacido de pronto y ya sus ojos quedaron obnubilados y ya secos y ya cenizas. El asesinato de la inocencia. Las adolescentes que pensaban cómo iban a besar esa tarde en el parque quedaron con los labios entreabiertos por donde pasó el fuego que las convirtió en nada y en nadie. Mister Truman toma un whisky con sus generales; están plenamente satisfechos. La guerra está ganada. Para el cataclismo necesitó apenas mover el dedo y sonreír a la prensa. Harry Truman, el rey de los verdugos. Apenas con un dedo, la muerte de ochenta mil, de cien mil, de doscientos mil, qué importa. La muerte ya está allí entre ruinas quemadas que no soportan ningún hueso humano, ninguna calavera. Jamás se encontrará la calavera de una abuela, ni de una maestra, ni de un poeta. A todos los quemó Harry Truman por intermedio de sus pilotos. Truman concurrirá a una Acción de Gracias. Los sones del órgano le darán estatura de héroe y de hijo predilecto de Dios. Y el pueblo norteamericano se tranquilizará y los padres hablarán a sus hijos sobre la bandera de las barras y estrellas.

Los desesperados de la moral y la ética se preguntarán si no había otra manera. ¿Por qué no se habló claramente? ¿O no se llamó a una asamblea mundial, o se mostraron los efectos de la bomba en el desierto y se dio un plazo al enemigo para que comprendiera que el único camino que le quedaba era la rendición incondicional para salvar lo más preciado: las vidas humanas. No, Truman decidió con una crueldad máxima primero la bomba, después vamos a hablar. Doscientos mil muertos para que aprendan a razonar. Total son amarillos.

Se hubiera podido enviar un ultimátum a Tokio diciendo que se evacuara Hiroshima porque en veinticuatro horas se iba a lanzar un arma fulmínea que iba a hacer desaparecer a todos los habitantes. Nada se hizo, la piedad no valía nada. Si Estados Unidos ya estaba absolutamente seguro de que la guerra estaba ganada. No. Primero quiso experimentar para ver si resultaba el arma poderosa que cambiaría la política de todo el mundo. Se decía que esa arma, después del experimento de Hiroshima iba a traer la paz eterna. Pero lo que va a traer es sólo el poder omnímodo para el país del Norte.

¿Qué va a hacer la humanidad con esos muertos? Asesinados con absoluta impunidad. Después de Hiroshima ya no es necesario leer la Biblia. Truman, cuando supo los resultados fue al templo a orar. Dicen que al entrar tuvo la actitud de quien entra en la eternidad, de quien se siente protagonista de un oficio divino. Mientras, la bomba atómica seguirá comiendo célula tras célula con sus radiaciones atómicas. Todo aquel que haya estado cerca o se atreva a entrar a esa zona maldita correrá la suerte de quienes recibieron el rayo en los ojos. El cáncer y los daños genéticos vendrán montados con los caballeros de la muerte que recorrerán por años la zona maldecida por el Dios yanqui.

¿Por qué la bomba, es la pregunta, si los japoneses ya se estaban por rendir? Fue una especie de gustazo final. Un mostrar al mundo y principalmente a los comunistas: ojo, vean lo que tenemos, Dios, como siempre está con nosotros. Japón se merecía perder la guerra por la agresión efectuada en Pearl Harbor. Pero la humanidad, principalmente los niños y los adolescentes y las flores no merecían el fuego del castigo del dios americano. Fue algo gratuito que satisfizo a quienes se sienten dueños del mundo y ejercen la pena de muerte como algo natural.

La clase constituida de ese país violento encontró enorme satisfacción. Era la Justicia de Dios que viajó en un avión americano. El “Enola Gay” llevó la mano del castigo. No había que lamentar nada. Era el triunfo de los justos. Ellos fueron nada más que los ejecutores de la voluntad de Dios.

Quien repase la historia de la eliminación de los habitantes naturales de Estados Unidos verá que no hay ninguna diferencia –salvo en el método– con la política racial de Hitler. Se mataba a un piel roja con la misma decisión y asco con que se exterminaba a las víboras venenosas. Y esto no fue sólo en Estados Unidos, véase la misma política en los españoles que conquistaron las tierras del sur, y también la política de los gobiernos independizados. El caso argentino, con la llamada “conquista del desierto” es un caso notorio que todavía hoy la sociedad argentina se niega a revisar.

Ojalá que Hiroshima sirva de ejemplo para que nunca más se ataque con tanta saña e irresponsabilidad a poblaciones civiles. Nunca más la muerte desde el cielo. Es el crimen de lesa humanidad más oprobioso.

OPINION POR JOHN SAXE-FERNANDEZ

Terrorismo de Estado

A 60 años del ataque atómico contra Hiroshima y Nagasaki, todavía muchos aceptan la justificación esgrimida por el gobierno de Harry S. Truman y sus sucesores de que así se acortó la guerra y, en la interpretación oficial, popularizada por Hollywood, cientos de miles de soldados de Estados Unidos habrían salvado la vida. Lo que se enseña en muchas escuelas y se difunde por la televisión es un intento de apropiarse del pasado y, en una suerte de ejercicio orwelliano, digerirlo para expulsarlo al mundo con habitual falta de objetividad e interpretaciones sesgadas precisamente para consumo de aquellos pueblos que han sido impactados por dichos sucesos.

Hiroshima es uno de ellos, demasiado importante para dejarlo en manos de los mercaderes. Su significación y actualidad es un hecho. Según una encuesta realizada en 2003 entre periodistas y otros formadores de opinión, la abrumadora mayoría identificó esos ataques con armas atómicas como el suceso más importante registrado durante el siglo XX. Frente a la actual y sostenida carrera armamentista, éste es un leve reflejo del profundo impacto humano, histórico y estratégico de Hiroshima y Nagasaki. Cuando la mentira sistemática prima para justificar guerras como la de Irak, cobra inusitado relieve político e histórico la investigación de Gar Alperowitz *The decision to use the atomic bomb* (Nueva York, Knopf, 1995), que demuestra documentalmente que esos ataques no fueron causados por necesidades militares, sino por motivaciones políticas que tenían más que ver con la intención de impactar el medio ambiente posbélico que acabar con la guerra. En los hechos, el brutal mensaje de Truman fue: “Tenemos el monopolio de este tipo de armas de destrucción masiva, y no nos tiembla la mano para usarlo contra la población civil”. Es una “misiva” dirigida al resto de la humanidad, no sólo a Stalin. Por medio de Hiroshima y Nagasaki, Truman “globalizó” Auschwitz y, como lo he señalado en otra oportunidad, proyectó hacia el futuro la práctica del terror de Estado, del genocidio, de los crímenes de guerra, del exterminio sistemático de la población y de las operaciones clandestinas como instrumentos de política exterior.

Alperowitz muestra que William D. Leahy, almirante de la marina estadounidense y jefe del Estado Mayor de Truman, dejó constancia documental de que “el uso de este armamento bárbaro en Hiroshima y Nagasaki no ayudó materialmente en nuestra campaña militar contra Japón... Al ser los primeros en usar esa arma, adoptamos los niveles éticos prevalecientes entre los bárbaros de las eras oscuras. A mí no se me enseñó a hacer la guerra de esta manera. Las guerras no pueden ganarse destruyendo mujeres y niños”. Los generales McArthur y Eisenhower en ningún momento pensaron que fuera necesario usar la bomba atómica contra la población civil. Eisenhower escribió: “... expresé a Stimson (el secretario de Guerra) mis graves dudas, primero en la base de mi convicción de que Japón ya estaba derrotado y que lanzar la bomba era un acto totalmente innecesario, y segundo porque sabía que nuestro país debía evitar ofender a la opinión mundial usando un armamento innecesario para salvar vidas estadounidenses”. Alperowitz nos recuerda la sorpresa de Norman Cousins al enterarse, en el curso de una entrevista con McArthur realizada después de la guerra, de que ni siquiera había sido consultado, expresando además que no existió justificación militar alguna para lanzar la bomba.

Hiroshima es un acontecimiento mayor en la historia de 500 años de la modernidad. Como advirtió Günther Anders, vivimos en la era en la que “en cualquier momento disponemos del poder para transformar cualquier lugar denuestro planeta, aun nuestro planeta mismo, en una Hiroshima”. La reflexión seria sobre Hiroshima permite apreciar, en toda su magnitud ética y estratégica, acontecimientos contemporáneos como la actual política nuclear de Bush y el brutal ataque aéreo contra la población civil iraquí, perpetrado bajo el lema de *shock and awe*, la rúbrica del terrorismo de Estado del secretario de Defensa Donald H. Rumsfeld y de Paul D. Wolfowitz, el “presidente” del Banco Mundial. Tan grave como la cómplice participación del gobierno de Junichiro Koizumi en la carnicería de Bush en Irak, una bofetada a las víctimas de Hiroshima.

La Casa Blanca alienta la proliferación y modernización de las armas nucleares, la intensificación de la carrera armamentista a nivel nuclear y de balística intercontinental y gira instrucciones secretas para preparar ataques con este tipo de armas contra seis naciones, Rusia y China entre ellas. El Sistema Nacional Antibalístico y la adopción de la guerra preventiva son parte de un explosivo recetario que incluye 4500 armas nucleares ofensivas de Estados Unidos, 3800 de Rusia y entre 200 y 400 de Francia, Inglaterra y China. La de Bush es una política nuclear, al decir de Robert McNamara, “inmoral, ilegal, militarmente innecesaria y espantosamente peligrosa”.

Un escándalo en el museo

Para 1995, el Museo del Aire y del Espacio de Washington, de la Smithsonian Institution, quiso exhibir la reconstrucción del Enola Gay, el B-29 desde el que el coronel Paul Tibbets dejó caer la bomba sobre Hiroshima. En el texto preparatorio de la exposición –en el que, en 1993, se describía el proyecto– se decía que EE.UU. había librado “una guerra de venganza” y que “para la mayoría de los japoneses fue una guerra de defensa de su cultura contra el imperialismo occidental”. El proyecto contestaba el gran debate –¿las bombas salvaron más vidas de las que quitaron?– asegurando que “ni la bomba atómica ni una invasión eran necesarias para poner fin a la guerra en el Pacífico”. En la parte final, y avisando que podía ser inconveniente para los niños, se detallaba la destrucción causada: fotos de víctimas, muertos, objetos retorcidos...

El alboroto fue enorme. Los veteranos protestaron: se sugería que la guerra mundial había sido “inmoral”, la mención de Pearl Harbor era mínima, no se recogía “ninguna atrocidad japonesa” y no se dejaba constancia de la voluntad japonesa de combatir hasta el final. En otoño de 1993, la revista *Air Force* se hizo eco de las quejas y recogió una carta firmada por 5000 veteranos que pedían que el Enola Gay se exhibiera “orgullosamente”. La bronca saltó a la prensa y al Congreso. El director del museo, Martin Harwit, admitió que la exposición estaba en parte desequilibrada e intentó, sin éxito, introducir cambios. El Senado aprobó una resolución que consideraba la exhibición como “ofensiva para un gran número de veteranos”. En noviembre de 1994, medio centenar de historiadores –la tendencia predominante entre los profesionales de la historia es que no fue necesario lanzar las bombas– pidieron a la Smithsonian que no cediera a las presiones. Pero, poco después, 81 congresistas exigieron la renuncia del director del museo. El 30 de enero de 1995, la exposición se suspendió. En su lugar se preparó una muestra de la restauración del Enola Gay.

El Congreso convocó dos sesiones de debate público. Charles W. Sweeney, fallecido el año pasado y el único militar que participó en las dos misiones atómicas –piloteó un B-29 que flanqueaba al Enola Gay para fotografiar la operación y, tres días más tarde, piloteó el avión que dejó caer la bomba sobre Nagasaki–, declaró: “Jamás celebraré el uso de armas nucleares. Al contrario. Espero que mi misión haya sido la última. Pero eso no quiere decir que, dadas las circunstancias de agosto de 1945, el presidente Truman no estuviera obligado a usar todas las armas a su alcance para acabar la guerra. Estuve de acuerdo entonces con Truman y lo estoy hoy”. El director del museo, el astrofísico Martin Harwit, renunció el 2 de mayo. “Creí que 50 años después era un buen momento para la exposición, porque bastante gente que participó en la guerra estaba aún viva y podía añadir valiosos elementos al debate. Lo creí entonces y lo sigo creyendo ahora”, dice hoy desde su casa de Washington. ¿Por qué se organizó el escándalo? “Hay gente a la que le es difícil asumir la historia, porque teme que detrás de todo haya siempre un motivo político. Nosotros intentamos presentar la historia: lo que Truman dijo, lo que dijeron los japoneses... Intentamos dar el marco de lo que la gente decía y pensaba en 1945 prácticamente sin interpretaciones. Pero hubo muchas emociones en juego, y siempre es un problema cuando las emociones se interponen a la hora de comprender la historia.”

EL DEBATE SOBRE LAS DOS UN
BOMBAS DETONADAS SOBRE C

Hiroshim
en la memo



Por José Manuel Calvo *

¿Fue el fin de la Segunda Guerra Mundial o el inicio de la Guerra Fría? ¿Sirvió para ahorrar bajas de ambos bandos o fue sólo una brutal demostración de fuerza? Sesenta años después del lanzamiento de las primeras bombas atómicas sobre Japón, que causaron 200.000 muertos, el debate sigue abierto.

“Hace 16 horas, un avión norteamericano lanzó una bomba sobre Hiroshima y destruyó su utilidad para el enemigo (...). Es una bomba atómica; significa aprovechar el poder esencial del universo. La fuerza de la que extrae su poder el Sol se ha desencadenado contra quienes llevaron la guerra al Extremo Oriente.” El mensaje del presidente Harry S. Truman el 6 de agosto de 1945 hizo suspirar de alivio a Estados Unidos porque suponía el final de la guerra en el Pacífico: Japón se rindió nueve días después. Aún no se sabía que “el poder esencial del universo” había costado más de 100.000 vidas en Hiroshima, que costaría otras 100.000 tres días más tarde en Nagasaki y que iba a abrir un capítulo en la historia de la humanidad, y no de los mejores.

Sesenta años después, en EE.UU. las explosiones atómicas pertenecen a la historia, al debate académico y universitario. Por otra parte, con Hiroshima y Nagasaki ocurre lo mismo que con la Revolución Francesa, según la probablemente apócrifa y citadísima frase de Chou En-lai: “Es demasiado pronto para hablar de ello”. No porque falte perspectiva, como sugería el astuto líder chino, sino porque es un asunto aún tabú que produce descargas eléctricas al que lo aborda sin precauciones.

¿Se justificó desintegrar dos ciudades en segundos para terminar la guerra? ¿O ya estaba ganada y fue una advertencia norteamericana de su superioridad? ¿Final de una guerra mundial o comienzo de otra fría? A sesenta años, preguntas que siguen en debate.

En su sondeo del milenio, el Pew Center encontró que la mayoría en EE. UU. cree que el gran fracaso de su país en los últimos 100 años fue Vietnam. Aunque el 63 por ciento dice que el desarrollo de las armas nucleares es uno de los cambios para peor en el siglo XX,


AFP

EFE



Hiroshima ni Nagasaki reciben men- ›nes destacadas. “Es algo que vemos ıy lejano, no es fácil que haya gran erés, lo que pasó fue horrible, pero só hace mucho. Es también cuestión generaciones: mi padre, que hizo la erra y combatió en Italia, tiene todo ıs presente y, por ejemplo, sigue lla- ındo a los japoneses *japs*, que es un mino muy despectivo. Pero para la ın mayoría de nosotros, Hiroshima y ıgasaki son historia”, definió Marcy ılley, una funcionaria de la adminis- ción especializada en ayuda al desa- ıllo.

“Hay todavía divisiones profundas”, ce Daun van Ee, historiador de la Bi- oteca del Congreso especializado en ıntos militares y hace 27 años editor los escritos de Eisenhower. “Entre historiadores, el debate continúa. ıtre la gente hay mucha menos aten- ›n hacia estas cosas. Pero las divisio- s se mantienen.”

El 6 de agosto de 1945, cuando se hi- público en Washington su mensaje, uman navegaba de regreso a Estados ıidos en el “USS Augusta”, después haberse reunido dos semanas en tsdam con Winston Churchill y José alin, al que le había dicho: “Tenemos a nueva arma de extraordinaria fuer- destructiva”. Desde entonces, todo que tiene que ver con las primeras plosiones atómicas ha sido exhausti- mente documentado y discutido: la rta de Albert Einstein al presidente osevelt en 1939 alertándolo de “la sibilidad de desencadenar una reac- ›n nuclear en cadena en una elevada ntidad de uranio” y la eventual “cons- cción de bombas”, y pidiéndole que acelerara la investigación sobre el ınto porque los nazis estaban en eso; ıltrasecreto Proyecto Manhattan, di- ıido por el físico Robert Oppenhei- er en Los Alamos (Nuevo México); exitoso primer experimento atómico la historia, el 16 de julio de 1945, en amogordo; la Declaración de Pots- m del 26 de julio, en la que Truman Churchill exigieron a Japón la rendi- ›n, y el rechazo japonés; las misiones los aviones Enola Gay y Bock’s Car, explosiones de las dos bombas –Lit- Boy y Fat Man– y sus terribles efec- inmediatos y posteriores; las histo- s de los supervivientes; la rendición Japón, el fin de la guerra y el comien- de la Guerra Fría y la era nuclear.

En los miles de libros y documentos sados en las declaraciones de los protagonistas hay dos tesis contrapuestas: la que dice que con las bombas se acabó la guerra y la que afirma que con ellas empezó la Guerra Fría. El primero defiende que la decisión salvó a cientos de miles de japoneses y americanos porque aceleró el final de la guerra y evitó una invasión terrestre. El segundo cree que las bombas se lanzaron más para enviar un mensaje a la URSS que para que Japón se rindiera. Como contaba en sus memorias el mariscal Zukov, después de que Truman le hablara a Stalin de “la nueva arma”, el dictador soviético se lo dijo a Molotov, comisario de Exteriores, y éste reaccionó así: “Tenemos que hablar con Kurchatov [responsable del proyecto atómico ruso] y decirle que acelere todo”.

“Hemos usado la bomba atómica para acortar la agonía de la guerra, para salvar las vidas de miles y miles de jóvenes americanos”, se lee en los documentos del presidente Truman. Los cálculos sobre las vidas americanas y japonesas que se habrían perdido en una invasión terrestre van desde las 100.000 hasta uno o dos millones. Pero “las pruebas obtenidas por la actual investigación histórica demuestran que se podrían haber seguido otras opciones sin recurrir a la invasión y que la guerra podría haber acabado en noviembre”, escribió el historiador Barton Bernstein, de la Universidad de Stanford, en *La reconsideración de las bombas atómicas*, publicado en el 50º aniversario. Lo que afirma Bernstein es que Washington tenía datos sobre el desplome japonés (a pesar de que semanas antes la terrible batalla de Okinawa se había saldado con decenas de miles de muertos por ambos bandos, entre ellos miles de civiles japoneses que se suicidaron cuando vieron todo perdido). La marina imperial ya no tenía capacidad operativa y la fuerza aérea estaba diezmada. El orgullo nacional y la preocupación por la suerte del emperador bloqueaban la rendición incondicional y los japoneses enviaron mensajes a Moscú que Washington conocía porque había interceptado los códigos secretos. Harry Hopkins, emisario no oficial de la Casa Blanca con Churchill y Stalin, comunicó a Washington desde Moscú a finales de mayo: “Los japoneses están condenados, y lo saben”. El propio general Eisenhower –aunque luego lo rectificó– dijo que las bombas no eran necesarias porque Japón estaba prácticamente derrotado. Una posición similar se atribuye al general MacArthur.

Pero la historia también demuestra que, aunque algunos ministros japoneses hicieron gestiones para la rendición, el gobierno de Tokio estaba dominado por el ala más militarista, opuesta a la negociación, y que dio órdenes de resistir hasta el último hombre y de aplicar el código samurai. Según Koichi Kido, asesor del emperador, “los partidarios de la paz fuimos ayudados por la bomba atómica en nuestro empeño de acabar la guerra”. Hisatsune Sakomizu, jefe de Gabinete del gobierno en 1945, consideró las bombas “una oportunidad de oro que el cielo le dio a Japón para acabar la guerra”.

* *Exclusivo de* El País Semanal *para* **Página/12**.

AFP



OPINION

POR EDUARDO SUBIRATS

Réquiem por la aniquilación

Los sobrevivientes a situaciones de violencia extrema que se han sucedido a lo largo de las guerras y genocidios del siglo XX han dado testimonio repetidas veces de la dificultad de narrar su experiencia. En los campos de concentración y exterminio, en las ciudades aniquiladas por bombardeos masivos o bombas nucleares y en los santuarios ecológicos de las selvas tropicales invadidos con armas bioquímicas, el horror vivido se encontraba más allá de lo que el lenguaje común podía expresar.

Existe una serie de experiencias de angustia y terror que cristalizan en las metáforas del abismo, de la nada y de la pérdida de sentido de todo lo que es, y que en sus últimas consecuencias traspasa la frontera de lo decible. Experiencias de una realidad frente a la cual las palabras pierden su significado. Ota Yoko, sobreviviente de Hiroshima y autora de *Ciudad de cadáveres*, relataba la doble constelación de una memoria indeleble del holocausto y la incapacidad de dar una forma literaria a su visión de la destrucción y la agonía nucleares. En los interrogatorios militares a los que fue sometida se le prohibió la publicación de su testimonio poético y se la conminó a olvidar su experiencia. Su respuesta fue unívoca: “No puedo olvidar... incluso si no puedo publicarlo, tengo que escribir”. Pero en el momento de relatar su experiencia, Ota tenía que renunciar a la forma narrativa porque “al público que desconoce la naturaleza de la bomba de uranio, estos hechos tienen que parecerle falsos”.

El terror total arranca las palabras de su ser. Las convierte en signos sin referente. Palabras vacías. “En un mundo perdido, en un tiempo perdido”, como escribió de Töge Sankichi en sus *Poemas de la bomba atómica*. Su verdad es la imposibilidad de dar un sentido a lo existente. Es el silencio de la palabra.

“Enunciar el extremo horror a través del silencio” ha sido un motivo central repetidas veces recordado en la poesía de Paul Celan y en la teoría estética de Theodor W. Adorno en directa relación con la Shoah judía. Sólo el silencio en las palabras puede expresar el significado verdadero de un horror que implosiona su sentido. Akiya Utaka, poeta sobreviviente de Hiroshima, escribió:

Todo lo que creo
son las palabras dentro del silencio,
palabras atestadas de peligro.

Existen otros aspectos importantes en los relatos de estas situaciones extremas de violencia. Masuji Ibuse y Shohei Imamura han puesto de manifiesto una percepción elemental en la experiencia de *Ground Zero Hiroshima*: la de ser y sentirse cobayas de experimentación en manos de laboratorios desconocidos y poderes inaccesibles. Esta conciencia se acrecentó en Hiroshima y Nagasaki ante la evidencia de que los autores intelectuales de las bombas de uranio no sabían cuáles iban a ser sus efectos, y que los equipos médicos del ejército de ocupación examinaban a las víctimas de la radicación nuclear no para aliviar su agonía, sino para clasificarla. El genocidio como “medical matter” y la deshumanización de la ciencia en la era industrial se ponía tan drásticamente de manifiesto en los campos de muerte de las ciudades japonesas como en los campos de concentración y exterminio europeos. Ambas catástrofes ponen de manifiesto una misma indiferencia de las instituciones y aparatos del desarrollo científico y tecnoindustrial frente a sus consecuencias inhumanas.

Existe una tercera circunstancia que se repite también en todos los relatos de Hiroshima y Nagasaki: sus víctimas, al igual que en los campos de concentración y exterminio, y de los genocidios coloniales, sonincontabilizables e innombrables. En ellas se cumple literalmente el significado griego de *holokauston*: la cremación total de la víctima sacrificial hasta que ya no queden de ella más que cenizas.

Sin embargo, la mayoría de las muertes de Hiroshima y Nagasaki no se debió a las explosiones nucleares, sino a la subsiguiente exposición a su radicación letal. Por eso las víctimas del holocausto nuclear no son solamente sus muertos, sino en primer lugar sus sobrevivientes. Estos tampoco tenían ni tienen que contabilizarse puesto que de todos modos las metástasis cancerígenas, las lesiones genéticas y los daños biológicos de la radiación nuclear se expanden en un espacio y en un tiempo indefinidos e ilimitados.

La naturaleza a la vez invisible e ilimitada de la muerte es una característica central de la guerra nuclear y biológica contemporánea. Ella no comprende solamente a los millones de humanos exterminados sin rastro en las sucesivas guerras industriales modernas. Además, incluye una masa humana indefinida a la que la contaminación ambiental, la destrucción irreversible de los hábitats ecológicos, la radicación nuclear o la exposición a agentes bioquímicos letales condenan a una muerte integrada a la vida.

Esta dimensión de una muerte anterior e interior a la vida, esta radical inversión metafísica del ser, es asimismo el momento supremo y el significado trascendental de todos los relatos de sobrevivientes en las sucesivas estrategias de concentración y exterminio, desde los campos de reconcentraciones de la Cuba colonial a los Gulags soviéticos. Es el triunfo de la nada, como lo llamó José Martí.

Es la expresión última y radical del nihilismo moderno: la devastación a gran escala, la muerte y el silencio. Muerte como la verdad radical de la existencia. Y límite del sentido. El extremo existencial de la nada y el vacío como condición de nuestro tiempo vivido.

La nada se instala en el ser. Y en nuestras palabras el silencio. Celan escribía: *“Una nada éramos nosotros, somos nosotros, seguiremos siendo, florecientes...”*

TESTIMONIOS DE SOBREVIVIENTES DE HIROSHIMA Y NAGASAKI

Los niños de la bomba

Se los llama "hibakusha", que significa literalmente "afectados por una explosión". Son 267.000, ya pasaron de los setenta años de edad y en agosto de 1945 eran niños. Sólo ahora cuentan su historia, que fue censurada primero por EE.UU. y luego por Japón.

Por Georgina Higueras *
Desde Hiroshima, Japón

Shizuko Abe, 18 años

"Yo viví por él"

Vivía en los suburbios, pero ese día les tocaba a los vecinos de Kaitacho destruir casas en el centro de Hiroshima para hacer cortafuegos. Shizuko estaba en el tejado de una, a 1,5 kilómetros del centro. La explosión la lanzó a 10 metros. Cuando despertó estaba abrasada. Caminó hacia su casa bordeando la ciudad en llamas hasta detenerse en el hospital desbordado de una fábrica. Allí permaneció tres días sin que nadie la atendiera.

"Oí la voz de mi padre. No lo veía. Tenía la cara tan hinchada que no me podía abrir los ojos. Sentí alivio y vergüenza. Estaba desnuda y me había hecho encima mis necesidades. Cuando mi novio volvió de la guerra aquel diciembre, yo apenas comenzaba a gatear y mi mano derecha era un muñón. Mi padre le dispensó de su compromiso, pero él insistió y nos casamos al otoño siguiente. Pese al nacimiento de mi primer hijo, mi suegra siguió diciendo a mi marido que me abandonara, que se merecía una mujer completa. Viví por él, pero sufría tanto que mi padre decía que habría sido más feliz si hubiera muerto. En 1948 escribí al general Douglas MacArthur (comandante supremo de las fuerzas aliadas) y me contestó que fuese al ABCC (Comisión de Heridos de la Bomba Atómica). Allí me examinaron, tomaron notas, pero no me trataron. No volví. Nunca perdonaré a EE.UU. lo que me ha hecho. Quiero que se vayan de mi país. Son inhumanos."

Shizuko tiene tres hijos y seis nietos. El marido murió hace 13 años. Se operó varias veces para mejorar su aspecto y desde que se atrevió hace unos años a contar su tragedia dice que se siente mejor. Hizo un video para que sus nietos conozcan su historia, porque el llanto le impide hacerlo personalmente.

Lee Sil Gun, 16 años

"Caminamos en el infierno"

Al llegar a Higashi, a 10 kilómetros de Hiroshima, el tren paró y les indicaron que continuaran a pie. Era la madrugada del 7 de agosto y Lee y otros parientes debían atravesar Hiroshima para llegar a Yamaguchi. No sabían nada, sólo les extrañaba el olor a carne quemada.

"Cuando entramos en la ciudad comenzamos a ver escenas terribles. Llegamos a la estación y allí la imagen era dantesca. Al acercarnos al río creí que bajaban troncos, pero era cadáveres. Estaban hinchados y negros. No se podía distinguir si eran hombres, mujeres, ancianos o niños. Caminábamos sobre el infierno. Si te descuidabas pisabas la alfombra de cuerpos. Aún me aterrorizan las manos de los moribundos que más de una vez me agarraron por el tobillo. No podía pensar. No podía ayudar. Sólo quería huir. Salir de aquel espanto. Finalmente nos subimos en uno de los camiones que retiraban muertos."

A los tres días de llegar a su casa, Lee tuvo una fiebre muy alta y una fuerte diarrea que le duró más de una semana. Después el cuerpo se le llenó de *petequias* (hemorragias subcutáneas motivadas por la radiación), una de ellas se convirtió en herida y se infectó. Los médicos japoneses no visitaban a coreanos. La familia de Lee tuvo que pagar a un vecino japonés para que intercediera. Sin anestesia, el médico le cortó toda la carne podrida y pasados unos meses sanó. "Nunca pensé que perdería la guerra el ejército imperial que nos quitó nuestras tierras y obligó a mis padres a huir del hambre y buscar un trabajo aquí. Derrotado Japón, tratamos de volver a casa pero después de tres meses en Shimonoseki esperando un barco desistimos." Al final de la Segunda Guerra Mundial había en Japón 2.400.000 coreanos. Ahora quedan 730.000.

Yuko Nakamura, 13 años

"La suerte de tener un año más"

Hacía apenas tres semanas que había sido reclutada para trabajar en una fábrica de componentes aéreos a 2,5 kilómetros del hipocentro. El día 6 tocaba descanso, pero el maestro (las escuelas destinaban las clases completas, con el maestro incluido, a las distintas tareas que exigía la guerra) las convocó en la fábrica para después irse juntos a nadar al río. Decidió que saldrían algo más tarde.

"Yo estaba leyendo y mi amiga me dijo que mirara el paracaídas (supuestamente un aparato para medir la radiación), que había lanzado un avión. No me dio tiempo. Una luz me cegó y las ventanas reventaron. Me saltaron vidrios por todo el cuerpo. Huimos a un refugio cercano y cuando salí a lavarme las heridas me cayeron gotas enormes de lluvia negra (la lluvia radiactiva). Creí que los norteamericanos querían exterminarnos y nos rociaban con gasolina. Por la tarde el maestro nos permitió volver a nuestras casas y entonces comprendí que había tenido la suerte de tener un año más. Todas las niñas de 12 años de nuestra escuela habían muerto porque estaban haciendo cortafuegos en el centro de la ciudad. En total nuestra escuela perdió a 220 de sus pequeños."

Yuko tuvo cáncer de ovarios a los 30 años y ya sabe que la radiación también fue la causa de la tremenda fatiga que padeció durante décadas. Ahora que ha desaparecido tiene muchas ganas de vivir y pinta para que los niños entiendan más fácilmente el dolor que acarrean las guerras y las armas nucleares. Con otros supervivientes ha publicado un libro de dibujos y testimonios que se titula *El día que nunca debe olvidarse*.

AFP



Hiromi Hasai, 14 años

"Nos enseñaron a luchar hasta la muerte"

Trabajaba en una fábrica de armas a unos 20 kilómetros de la ciudad, pero su casa estaba en el centro. A las 8.15 estaban en el patio haciendo gimnasia y vieron la luz. La fábrica tenía un hospital y por la tarde comenzaron a llegar los primeros heridos.

"Era muy raro. No se veían aviones y parecía que les había caído una bomba a cada uno. Me dijeron que tenía que ayudar con los heridos y no pude volver a casa hasta el día siguiente. Cuando llegué a Hiroshima ya no existía. Se habían perdido hasta las calles y tuve que seguir la línea del tranvía para orientarme. Pensé que todos habían muerto. Sólo había cadáveres. Afortunadamente, mi madre y mi hermana menor, a 1,4 kilómetros del hipocentro, estaban vivas. Nos metimos con otros vecinos en la única casa del barrio que quedaba en pie porque su construcción era de cemento. Allí murió mi amigo dos días después. Dio las gracias a sus padres y expiró con un 'Viva el emperador'. Sentí que yo también quería morir así. Nos enseñaron a luchar hasta la muerte, debíamos ganar o morir."

Cuando Hiromi escuchó la voz de Hirohito anunciando la rendición incondicional se le rompieron los esquemas. El creía que la guerra era justa, que luchaban para liberar a Asia de la colonización occidental. Ahora, catedrático de Física jubilado, sostiene que la disuasión es absurda, que la única garantía de no utilizar bombas nucleares es no tenerlas y que lo mejor que podría hacer Japón es salirse del paraguas nuclear de EE.UU., que no es otra cosa que un llamamiento a un nuevo ataque atómico.

Emiko Okada, 8 años

"Nos daban chicles y chocolates"

Los campesinos hacían la guerra y los niños como Emiko, que habían sido evacuados de las ciudades para evitar que sufrieran la terrible campaña de bombardeos aéreos que acababa con las defensa del ejército imperial, se encargaban de cultivar la tierra. El 5, sin embargo, volvió a Hiroshima para despedir al primo que se iba al frente y aquella noche durmió en su casa, a 2,6 kilómetros del hipocentro. Sus hermanos menores escucharon el ruido de un avión, pero como habían levantado la alarma aérea pensaron que era japonés y salieron a saludarlo.

"Fue como un chispazo. Perdí el conocimiento y me desperté con el llanto de mis hermanos. Teníamos quemaduras por todas partes. Seguimos a otros heridos hasta un campo de entrenamiento. Muchos estaban abrasados, con la piel colgando a jirones, rojos e hinchados como tomates. No había nada para paliar el dolor y mi madre molió huesos de los muertos para poner cataplasmas sobre las quemaduras de mis hermanos. Al día siguiente decidimos volver al refugio aéreo de nuestra casa. Yo me quedé con los pequeños y mi madre se fue a buscar a mi hermana mayor, que nunca apareció."

Emiko recuerda el hambre atroz de aquellos días y semanas sin nada que comer. Rebuscando comida se encontró a algunos de sus compañeros escolares. Se habían quedado huérfanos. Rapiñaban y robaban para sobrevivir, en más de una ocasión repartieron el botín con ella. Luego llegaron las tropas de ocupación. "Los norteamericanos nos daban chicles y chocolates", sobre todo los grupos de ayuda cristiana, que trajeron comida, ropas y utensilios básicos. Dice que introdujeron una cultura que le gusta en algunos aspectos pero rechaza el militarismo de EE.UU. que, como el japonés de entonces, siembra el dolor en Irak.

Seiko Ikeda, 13 años

"Me escondieron el espejo"

Vivía a 20 kilómetros de Hiroshima, pero había llegado en tren esa mañana con el resto de su clase para derribar casas. Estaban a 1,5 kilómetros del hipocentro. Cuando recobró el conocimiento después de la explosión gritó y gimió al contemplar su piel colgando y el horror que la rodeaba. Como un desfile de penitentes guiadas por el maestro emprendieron la huida, pero al llegar al río el grupo se deshizo. La mayoría murió allí. Seiko siguió sola hasta que un camión la llevó a una fábrica de los suburbios, donde en la noche la recogió su padre en una carreta.

"Todo el mundo pensó que iba a morir, pero cuando gracias a los cuidados de mis padres al cabo de un mes lograba incorporarme, mi amiga Chie, que no había sufrido, se llenó de manchas rojas (petequias) y murió en tres días. Mi familia me escondió el espejo para que no me viera. A los cuatro meses salí por primera vez a la calle y los niños me gritaron que parecía un diablo rojo. Se me avinagró el carácter y maldecía a todos por haberme salvado. Me sentía traicionada porque aquello no era el Imperio del Sol Naciente, sino una ruina, y todo lo que me habían enseñado era falso. Pensé en suicidarme. Mucha gente lo hacía en esos años. Un día increpé a mi padre por cuchichear con un vecino y me respondió que hablaban de cuando él arriesgaba su vida a diario por mí. Nos bañamos en lágrimas y decidí vivir."

Seiko se casó en 1950 con un kamikaze que no llegó a hacer su ataque suicida porque acabó la guerra. Ya le habían hecho dos injertos de piel y en 1985 se sometió a 15 operaciones que le quitaron casi todo rastro de cicatrices, aunque ella se sigue haciendo las fotos de perfil. Dice que cada aniversario llora como el primer día porque el tiempo curó otras heridas pero mantiene vivas las de bomba atómica.

* *Exclusivo de* El País Semanal *para* **Página/12**.